



## Gente bien

POR PATRICIO FERNÁNDEZ

Progresivamente ha crecido en mí la sensación de que la elite a la que aquí me refiero, siendo verdaderamente poderosa, es marginal. Me cuentan que sus miembros deambulan por los suburbios del barrio alto, o altísimo, si se piensa que han trepado cerros enteros. Que bajan poco. Igual que las tropas de la resistencia del rey Pelayo, se encuentran refugiados en las montañas.

No sé si se llama elite, parece que sí, antes más que ahora, pero en fin; décadas atrás se la conocía como clase alta y a ella pertenecían un grupo de familias, muy pocas, tan pocas que no me atrevo a decir el número. Cabían en un par de iglesias. Sus hijas, al cumplir 15 años, hacían fiestas con banqueteros y carpas. Asistían con vestidos de tafetán y zapatos de charol. La tenida no debía repetirse, pero como sólo las más ricas podían darse el lujo de comprar o hacerse un traje nuevo para cada evento, el resto se los intercambiaba (desconozco si continúa siendo así, aunque lo dudo). Los rebeldes llegaban con bluyines y zapatillas norteamericanas –las maravillosas Vans cuadrículadas–, la camisa afuera, chaqueta Peval y corbata. Yo trataba de adscribir a esa tendencia, pero quedaba a medio camino: era tímido, y mis padres eran austeros y onda DC.

No participaban más de quinientos adolescentes por generación en la totalidad de las fiestas a las que me refiero. Nos encontrábamos siempre los mismos. No había judíos, ni árabes, ni hablar siquiera de otras razas. Los colegios de niños de alta sociedad eran cinco: el Tabancura (Opus Dei), el San Ignacio (jesuita), el Saint George (Holly Cross), el Verbo Divino (de sacerdotes alemanes) y los Sagrados Corazones de Manquehue. Todos de curas. Los de señoritas, por su parte, eran tres: las Ursulinas, el Villa María y el Liceo Los Andes. Todos de monjas. No existían los Legionarios de Cristo, o recién comenzaban a entrar en las casas de los millonarios por la puerta de la consolación moral. Schoenstatt era una congregación mariana, sin colegios, más bien democratacristiana conservadora y con algunos sacerdotes carismáticos que seducían jovencitos inquietos. Hallaban que masturbarse no era tan grave.

Casi nadie de esa generación viajaba, salvo a Estados Unidos, a Disney, o a Europa en el tour de Cocha, bajo la conducción de

doña Rosario Errázuriz, la mamá de Jaime Guzmán, el asesinado. Su misión era mostrar a los hijos de esta tribu las bellezas de la cultura occidental, al mismo tiempo que vigilar sus conductas eróticas, porque, según cuentan, la soltura de trenzas comenzaba a producirse apenas el avión despegaba. Los aliños eran desconocidos para este grupo selecto, y la cebolla constituía lisa y llanamente una ordinarie de proporciones. Su olor era sinónimo de vulgaridad. Ni hablar del ajo. El ajo era un asco. Poseíamos un acento y un léxico común, repleto de palabras vedadas. No íbamos al cine, sino al teatro; vehículo, césped, cabello, vienesa, formaban parte del listado de términos impronunciados. Decir “provecho” al pasar frente a un grupo de comensales implicaba, si acaso el tono era fingido, un acto de complicidad social, pero pronunciado con verdadera naturalidad se convertía en una confesión insoportable. Quien utilizaba estos modismos mostraba la hilacha.

La fisonomía era bastante similar entre todos. Siendo apenas más moreno alguien se convertía de inmediato en el Negro. El de orejas grandes era el pailón y el menos rudo, el colizón. Lo que hoy se llama *bullying* era pan de cada día. A Olea tuvieron que sacarlo del curso por las burlas que sufrió a partir el día en que Aguirre descubrió que usaba *panties* debajo de los pantalones. Si le daba frío, se orinaba, y fue precisamente después del recreo largo de un día de invierno cuando Aguirre descubrió una poza bajo su pupitre, le levantó las bastas y gritó que al meón los calcetines le llegaban hasta la cintura. El profesor de castellano –Zamudio, que llegó a nuestra primera fiesta de curso con una tipa a la que todos juramos prostituta por el rebaje de su minifalda y el brillo en los labios– le mandó una papeleta (comunicación negativa que, al menos yo, le pedía a mis abuelos que firmaran para evitar el castigo paterno) a Donoso por

tirarse a choro con uno más grande que él. ¿No sabía, acaso, que un enano no le pega a un gigantón?

Todos nos reconocíamos católicos, apostólicos y romanos, y nuestros progenitores se conocían aun sin conocerse. Había misas de moda, como la de la calle Juan XXIII, con una vida social activa. Ahí la estrella era el cura John O'Reilly, la fuerza de avanzada de los Legionarios de Cristo recién llegados a la patria, joven y pintoso, peinado a la cachetada, muy pero muy limpio, que hablaba con acento norteamericano y en cuyas prédicas se esforzaba por conseguir un tono juvenilmente coloquial. Se supone que empatizaba con el lolerío. Afuera, las parejas de adolescentes pololeaban al amparo de la religión. Cuando mucho, besitos cuneteados y caricias en las manos. Insisto en la religión, porque desde esos años se convirtió en un símbolo de estatus social (durante la década de los noventa el Opus y los Legionarios daban carnet de pertenencia a los acaudalados advenedizos), y dependiendo de la comunidad cristiana a la que se adscribiera podía saberse perfectamente el pensamiento político del feligrés. Estaba también la iglesia de El Bosque, el feudo de Fernando Karadima, admiradísimo en esos tiempos, considerado por sus devotos un modelo de virtud y nada menos que un prodigio, capaz de explicar lo inexplicable a punta de metáforas salivasas. Transformaba cualquier mesa en un altar chamánico y hacía de la limpieza una virtud teológica. Incluso visto desde lejos, tenía olor a jabón. El aseo corporal hacía las veces de disfraz. Sus discípulos lo consideraban santo y genio. Recientemente, por boca de sus abusados (sexualmente), supimos que tenía seguidores tan entusiastas que le grababan las prédicas, convencidos de que serían valiosos documentos una vez que lo canonizaran. Antes de dirigirse a una audiencia de efebos instalaba sobre la mesa una Virgen María en

miniatura, un libro santo y un rosario que manipulaba con languidez. Nunca le gustaron los pobres. La conciencia social, entre los de esta condición privilegiada, desembocaba en los ejércitos de san Ignacio de Loyola. Estoy hablando de los años ochenta, el lado glamoroso de la serie de Boris Quercia, aunque nunca tan glamoroso tampoco.

En la mayoría de las casas de esta clase alta no había grandes suntuosidades. Las mansiones céntricas abandonadas por sus antepasados durante la primera mitad del siglo XX aún no eran reemplazadas por las que fueron construyendo más tarde, a los pies de la cordillera, en La Dehesa, Los Domínicos o Santa María de Manquehue. Con excepción de los millonarios maduros, cuyas casonas quedaban en El Golf o estaban desperdigadas por Vitacura y Las Condes, el resto, sus hijos (nuestros padres) habitaban en viviendas de ciento y tantos metros cuadrados, y sin jardines espaciosos. Hacia finales de la década, casi todos ellos se enriquecieron, y ahí fundaron los barrios recién mencionados. Todavía lo bien visto era estudiar en la Chile o en la Católica. Ojalá en esta última. Las primeras universidades privadas apenas comenzaban a hacerse cargo de los hijos menos aplicados de estas familias pudientes. No existían prácticamente matrimonios separados. En lugar del divorcio existía la nulidad, una ficción maravillosa, según la cual el matrimonio que se disolvía no había existido nunca. Bastaba con conseguir un par de amigos que atestiguaran la falsedad de los domicilios establecidos en el contrato para que el compromiso desapareciera de cualquier archivo. Eran contados con los dedos de una mano los que fumaban marihuana o habían tenido relaciones sexuales siendo escolares. Cada tanto se sabía de una joven embarazada, pero era muy excepcional. Se trataba de un ambiente protegidísimo, seguro, de noches con tope horario: el famoso toque de queda, algo que

yo llegué a jurar que existía en todas partes del mundo. A cierta hora de la noche, los seres humanos se acostaban. Mientras tanto, en los alrededores, ardía Troya.

Un buen número de hijos de ministros y funcionarios del gobierno de Pinochet participaban del circuito. No recuerdo, sin embargo, hijos de militares. La alta burguesía no se mezclaba con sus empleados. Duró poco la moda de los que entraban a la Escuela Naval antes de terminar el colegio. Como sea, la alianza entre el empresariado y las fuerzas armadas ha permanecido como una ficción social, donde unos hacen de patrones y los otros, como mancebos, de custodios vergonzantes. Igual que los drogadictos, los opositores al régimen éramos bichos raros. Nadie se declaraba de izquierda; cuando mucho había demócratacristianos. La UP y Allende olían a infierno lejano, del que se hablaba poco y se sabía menos. Había fachos entusiastas, fachos no en sentido figurado, sino admiradores de Hitler y Mussolini, que hablaban de los rotos de mierda que protestaban y cosas así, como que seguramente los que se decían desaparecidos estaban farreando a costas de sus mentiras fuera de Chile. Circulaban ediciones baratas de *Mein Kampf*. Supe de compañeros de colegio que salían en las noches a apedrear mendigos. No era del todo mal visto "matar comunistas". "¿Y qué querían?!" o "algo habrán hecho" funcionaban como sentencias capaces de justificar cualquier barbaridad.

Durante los últimos años de la enseñanza media, especialmente en las vacaciones, entre los hombres existía la costumbre de "chulear". Cerca de todo balneario empingorotado había algún pueblo con oriundas más desinhibidas sexualmente que las amigas de las hermanas, y mucho menos dignas de consideración. Eran conocidos los nombres de las discotecas de Llo-Lleo, Quintero, El Quisco y otras localidades costeras o rurales donde bastaba

con bailar un poco para terminar besándose y corriendo mano descomprometidamente. Era muy excepcional que alguien llegara a encamarse durante esas excursiones. Con el tiempo he terminado por dudar de quién usaba a quién. Quizás se tratara de un buen negocio para todos. El sexo era un territorio prohibido para esta camada.

En el ámbito de la virtud, la preocupación por “los más desposeídos” se manifestaba por medio de la “acción social”, los alimentos no perecibles, las colectas y las rifas. Las ollas comunes, los allanamientos, los apaleos y las desapariciones resultaban muy distantes, casi fantasiosos. Este mundo era un gran clan, y supongo que en muchos aspectos lo sigue siendo, pero el choclo se desgranó en parte y a medida que la plata fue tomando mayor relevancia en la vida social, las nuevas fortunas se encargaron de enrarecer los pedigríes. Antes, lo que aglutinaba a esta elite era la pertenencia a alguno de los apellidos, no sé si españoles vascos, pero sin duda integrantes de un listado en el que cada uno de los presentes aceptaba al otro como igual, o casi igual. Sus reductos, tres lugares emblemáticos: el Club de Golf Los Leones, La Parva en invierno y Zapallar. Existían Cachagua, Concón, Algarrobo, un incipiente Santo Domingo, y paremos de contar. Ir a Viña ya era raro, o viejo.

Al entrar a la universidad, el niño bien se exponía al mundo. Los profesores advertían que ya nada sería lo mismo y que ahí nos encontraríamos con algo que olía a salvaje y descampado. Literalmente hablaban de “salir de la burbuja”. Yo egresé del colegio un año antes del triunfo del No y me matriculé en la Facultad de Derecho de la calle Pío Nono, donde a los compañeros se les identificaba por su órbita política. En esa época campeaban los “grupos de estudio”. Cada partido tenía el suyo, y naturalmente participé en uno de la Izquierda Cristiana. Era el paso más obvio, una ruptura con ligazón, un paso al lado, pero al lado.

Desde entonces han sucedido muchas cosas. Cambiaron los amigos cercanos. Me he preguntado en más de una ocasión dónde diablos andan mis ex compañeros de colegio, por qué no los veo, si a decir verdad, a estas alturas de la historia, me es bien ajena la idea de marginalidad. Creo conocer un buen porcentaje de los restaurantes con buena cocina de Santiago, pero es rarísimo que los encuentre ahí. Es más fácil cruzarse en esos sitios con conocidos de raza sospechosa: viejos guerrilleros gourmet, nuevos ricos, miembros del pueblo elegido, palestinos gozadores o gays. De hecho, progresivamente ha crecido en mí la sensación de que esa elite a la que me refiero, siendo verdaderamente poderosa, es marginal. Me cuentan que sus miembros deambulan por los suburbios del barrio alto, o altísimo, si se piensa que han trepado cerros enteros. Que bajan poco. Igual que las tropas de la resistencia del rey Pelayo, se encuentran refugiados en las montañas.

Lo cierto es que hay elites en todas partes. Juntándose seres humanos, nace una elite. El asunto es qué tan interesante de ser vivida sea y qué tan valioso su aporte. Las hay de yeso, de música, de oro. Esta elite de la que hablo es aburrida, distante, falta de humor y con poca cultura. Compran cuadros horribles y son pésimos lectores. Hay excepciones, ni qué decirlo, pero excepciones hay en todas partes. Para peor, mientras aburren, taponean el flujir de la historia. Les molesta lo que no se les parece. Como saben perfectamente qué es bueno y qué es malo, así lo acomodan en los casos particulares, estiman que todos deben estar de acuerdo con ellos. El que no, no entiende nada. Por lo general, las elites menos interesantes se constituyen en torno a una convicción o proyecto cerrado. Historiadores del siglo IV sostienen que el Imperio romano comenzó a morir en el minuto mismo en que consideró temible lo extranjero.

Para esta casta *chilensis*, lo desconocido es más peligroso que interesante, y la discusión, más violenta que enriquecedora. Pero entre medio de las elites están los individuos que se reúnen y dispersan de manera aparentemente azarosa. Infieles a la frase fundante, aunque fieles a sus afectos. Amigos de sus amigos, por ejemplo, más que de sus convicciones. Y entonces el cuento se enturbia otra vez, porque una nueva red ha visto la luz. El problema no es la elite, sino, y resulta incómodo reconocerlo, su apellido. Esa que viví de niño, sin duda, es menos atractiva que otras con las que he tropezado a lo largo de estos años. Las grandes fortunas, salvo excepciones, pertenecen a inmigrantes. El poder y la riqueza se hallan escandalosamente concentrados, pero no bajo la égida aristocrática. Como dicen los sociólogos, está líquida la cosa. Para desgracia de la gente linda, son cada día más los cánones de belleza.